EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 18

MÉXICO, 1º DE MAYO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,

Un periódico mercantil y de noticias.

La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

«El Album de la Mujer» en nombre de la Colonia Española de México, á los héroes del 2 de Mayo

DAOIZ Y VELARDE

NÚÑEZ DE ARCE.

No habrá estudiante en Madrid que no conozca *El Dorado*, salón de billar donde se olvidan las enfadosas explicaciones de la cátedra, entre el ruido de las bolas, que chocan á cada instante en una ó en otra mesa; lo que no todos ellos saben es que dos pisos más arriba las ideas rebeldes y luminosas á un tiempo, entrechocan en el cerebro de uno de los más grandes poetas españoles.

Si las musas aman el silencio, deben entrar con algo de miedo en casa de Núñez de Arce; pero en fin, para entretener sus ocios, cuando el poeta está fuera, pueden colocarse bonitamente en el gimnasio establecido en el patio de la casa, y convertir las paralelas en pareados.

Con el respeto del que va á encontrarse delante del autor de *La Visión de Fray Martín*, subí las escaleras de su casa pensando si no sería mejor esperar á que fuese otra vez ministro, para visitarle ya sin respeto alguno, porque ¡cosa rara! la proximidad de un hombre de mucho talento á secas me sobrecoje y desanima, mientras que un ministro ni aun con uniforme logra conmoverme. ¡He visto tantos uniformes de Ministro anunciados en *La Correspondencia*, casi nuevos y en venta!

Como, afortunadamente para las letras españolas, Núñez de Arce sigue siendo fusionista sin cartera, mi respeto hacia él crecía á medida que me iba acercando á la puerta de su habitación: «Segundo izquierda, hay entresuelo,» me había dicho el portero al preguntarle por D. Gaspar, y esta frase tan corriente en todas las porterías me hizo casi tanto daño como una bofetada. Miren ustedes que preguntar por un poeta de la talla del Sr. Núñez de Arce, y que le contesten á uno que hay entresuelo!...

No señor, protesto con todas mis fuerzas! En esta casa donde se han escrito las estrofas dulcísimas del *Idilio* y los vigorosos endecasílabos del *Luzbel*, no hay entresuelo ni nada, aquí no hay más que gloria! Haga usted el favor de decir al maestro de gimnasia del patio, que enseñe á sus discípulos á hacer las mismas flexiones que hacían los espartanos jóvenes delante de Tirteo, ó le denuncio al dueño de la casa como indigno de vivir en esta vecindad!

Por supuesto, que me guardé muy bien de decir al portero todas esas cosas; en este mundo es preciso tener cierta filosofía de escalera abajo, so pena de que lo apaleen á uno los yangüeses, que tan á su gusto molieron al ilustre desfacedor de entuertos, no en balde conocido en el teatro de sus hazañas con el característico mote de *Caballero de la Triste Figura*.

En fin, ello es, que entre indignado y medroso tiré de la campanilla de casa de D. Gaspar, y después de pasado el Rubicón, y atravesado un pasillo, halléme en los sueños en una casa llena de maravillas.

Suplico á los lectores que me dejen reflexionar un instante.

***

Ví en frente de la puerta un grupo escultórico que me atrajo en seguida, no por su blancura, ni por el tamaño, sino por el arte. Fray Martín, sentado en su sitial del coro, cuyo respaldo ostenta delicadas labores de talla, se sumerje en el confuso océano de sus deseos sin nombre, y oye muy cerca de sí una voz misteriosa que le nombra y le acaricia con promesas y esperanzas.

Sobre la mano derecha del fraile descansa, apoyándose, su rebelde cabeza donde los pensamientos libran trágicos combates, y como si el campo interior no les bastara para ello, pueblan la frente de arrugas, en cuyas sinuosidades hacen los que van vencidos su más terca resistencia.

Alada como un ángel y persuasiva como el reptil bíblico, mezcla de sombra y de luz, la imagen de la Duda, descansando apenas la mano en el respaldo del sitial, aproxima al rostro de Fray Martín el suyo, queriendo confundir su aliento que sale del pecho del fraile, como sale del seno de una nube tempestuosa la abrasadora ráfaga que huele á incendio.

Magnífica por lo sombrío y lo dramático de su expresión es la cara de Fray Martín; sus ojos tienen esa mirada fija y dura como el hierro, que pone en nuestras pupilas la lucha de las pasiones en su período más alto, cuando vemos en el punto donde nuestros ojos miran tomar relieve de vida nuestros propios pensamientos, por eso el brazo izquierdo del fraile aparta sin energía la dominadora imagen que sobre él se inclina llena de promesas; el pensamiento que le vence y le subyuga está allá, en el punto otras veces indiferente, donde fija ahora su mirada; allí ve Fray Martín reflejarse toda la agitada escena de su interior combate.

Descendiendo á la factura detallada del grupo, diré que, aunque profano en el arte, me parecieron muy bien estudiados los pliegues del hábito del fraile, y muy bien modelado también el desnudo de la Duda; mas ¡oh desilusión! por mal de mis pecados me atreví á tocarla un brazo, y me convencí en seguida que era de cartón-piedra; ¡de la misma materia casi que la duda que tiene un vecino mio acerca de la fidelidad de su mujer!

¡Lástima es que el Sr. Gibert no esculpiera en mármol su notable grupo!

Al apartar de éste los ojos, me fijé en una preciosa librería de roble tallado, que llena todo el testero de la sala. ¡Qué riqueza de labores, qué delicadeza de detalles, qué buen gusto en las figuras de talla y en los adornos! Compuesta de tres cuerpos unidos, deja dos huecos que ocupan los bustos en mármol de Núñez de Arce y su señora.

Sobre el cuerpo central campea un diablo, de talla por supuesto, que sostiene entre sus manos un reloj de esfera bastante grande, pero sin horario ni minutero.

Me quedé mirándole por ver si el presuntuoso tenía intención, con su reloj, forzosamente parado, de ser imagen de la eternidad. Me pareció que aunque se sonreía mefistofélicamente, no aspiraba á tanto; si no le hubiese contado la historia de unos diablos compañeros suyos, labrados en piedra, y que amenazan precipitarse con la boca abierta desde lo alto de las torres de la Catedral de Burgos, y aunque efectivamente su actitud y su expresión espantan á cualquiera, se contentan los pobretes con servir de canalones, que es oficio divertido.

En las restantes paredes de la sala se admira un verdadero museo. Oleos, acuarelas, dibujos de Villegas, de Pradilla, de Mélida, de Moss, todos ellos con asuntos tomados de los poemas del Sr Núñez de Arce. Mélida ha hecho dos de *El Idilio*, Pradilla uno de *Raimundo Lulio*, Villegas otro de *Hernán el lobo*, Mass dos de *El Vértigo;* los hay también de otros autores y con asuntos de otros poemas, y todos son verdaderos prodigios de arte y dignos del sitio que ocupan y de las escenas que representan. En el centro, una rica mesa, también de roble tallado, estilo *Renacimiento*, soporta varias hojas lujosamente encuadernadas y una corona de plata regalada á D. Gaspar por sus admiradores; y aunque yo no recuerdo haber contribuido á costearla, supongo que sí lo habré hecho, porque admiradores del Sr. Núñez de Arce lo somos todos los españoles, y aun bastantes extranjeros que para tales efectos han pedido carta de nacionalidad.

Hora juzgaría ya de entrar en el despacho del poeta, que está al lado de la sala, si no fuera porque antes tendrán que fijarse los lectores en dos jarrones indios, traídos de Calcuta, de un templo de Budha, y que bien valen la pena de que se les contemple con asombro, siquiera porque representan las transformaciones de Brahma. Salud al Dios que recorre todas las formas de la creación, y ahora, desde unos jarrones, marca la línea que separa la sala de un poeta de su despacho, el vestíbulo del templo!

***

Estaban entornadas las maderas del balcón, y reinaba esa deliciosa semi-oscuridad que armoniza tan maravillosamente todos los colores y los contornos de los muebles. En el fondo, adiviné un gran espejo, y acercándome más, ví la riqueza artística de su marco, también de roble tallado como la chimenea que admiré debajo. A ambos lados del espejo, dos imitaciones de bajo relieves griegos de una fidelidad y delicadeza sorprendentes; y por todas partes objetos artísticos, ya antiguos, ya modernos, pero irreprochables. Me voy convenciendo de que los poetas viven á sus anchas. Dios quiera llamarme por ese camino que han dado en calificar de áspero los que, sin duda, no tienen, como Núñez de Arce, *bargueños* auténticos llenos de auténticos cigarros habanos.

Frente al balcón, orgullosa de los tesoros que encierra y del mucho dinero que habrá costado, atrae la atención del visitante la mesa de estudio del poeta. Sobre ella se han escrito los versos del *Luzbel*, versos rotundos, esculturales, hermanos de los de *Hernán el Lobo*, de los de *La Selva Oscura*, de los de *La Visión de Fray Martín*. Por cierto que Núñez de Arce, que según confesión propia, es algo desordenado, cuando, accediendo á mi ruego se dispuso á entusiasmarme con la lectura de su *Luzbel*, buscó el original inútilmente entre otros papeles que guardaba en un periódico; ¿no es cosa que causa risa el pensar que quien tiene á su disposición tantos muebles y carteras donde guardar sus papeles, los meta desordenados en un número de un diario de esta corte, que, vamos, no se distingue por lo templado de sus ideas ni por el afán con que cultiva los autores clásicos?

Pero, en fin, el original de *Luzbel* pareció y pude gozar de las emociones de su lectura. Inútil es que yo diga lo que sentí al oir aquellos magníficos pensamientos, encarnados en aquellos magníficos versos. De tal modo viven, con tanta energía se destacan, que oyéndolos una vez quedan grabados casi

todos ellos en el corazón y en la memoria. Tienen esos versos, como todos los de Núñez de Arce, cierto reflejo de acero; esculturales en la forma, vigorosos en la idea, no están iluminados por la fe ni ennegrecidos por la negación; la duda, la eterna duda, les da color y luz de campo y cielo de Octubre, salvo á los de *El Idilio*, que viven en eterna primavera.

Antes de despedirme del eminente autor de *Raimundo Lulio*, contemplé un retrato que podrá ser de cuando D. Gaspar tenía de veinticinco á treinta años. Núñez de Arce á esa edad gastaba media melena y bigote solamente, y podía pasar por un joven bien parecido, como dicen las muchachas que no se atreven á llamar guapos á sus novios delante de la gente. Al enseñarme el retrato me decía con cierto dejillo melancólico: «¡Cuánto he cambiado! ¿no es cierto?» Pero saliendo ya del despacho á la sala, me fijé en el diablillo del reloj sin minutero ni horario, y me atreví á contestarle: Dos cosas hay, D. Gaspar, en esta casa, por las cuales no pasará el tiempo: una las obras de usted, que encierran bellezas eternas; otra, ese mudo reloj, símbolo fiel de la eternidad mientras no mande usted venir al relojero.

José de Roure.

LAS TRES CORONAS.

I

Tres son las coronas que constituyen la ambición y el delirio de la humanidad que desatinada y loca corre de una parte para otra, aspirando á ceñirse con ellas la frente que sólo abriga pensamientos vanos y orgullosos.

¡Ay! Si la humanidad entera exclamase como el gran Godofredo de Bouillon, al realizar la conquista de Jerusalén:

«¡No ceñiré á mi frente una corona de oro, aquí donde el Divino Redentor ciñó la suya de espinas!»

Pero el demonio del orgullo tiene cerrados los labios del hombre en nuestra época á tan sublime lenguaje, y esa dulce expresión de tan magnánimos afectos, de tan nobles y generosos sentimientos, no solamente ya no se escucha, sino que nuestros modernos conquistadores ó guerreros no serían ni siquiera capaces de traer á su memoria tan venerado recuerdo.

Las tres coronas á que constantemente aspira la humanidad, divididas ó representando igual número de pasiones, son: Primera, aquella que consigue el hombre cuando, para saciar su ambición ó satisfacer su vanidad, ha visto sucumbir al filo de su espada un gran número de sus semejantes.

Aquella espada, que en un momento derramó la sangre de las infelices víctimas que le opusieron resistencia y á quienes ni siquiera tuvo ocasión de oir ni contemplar, porque la retiró de sus entrañas palpitantes para hundirla en otras nuevas entrañas, hizo en aquel momento, sin pensarlo, de una esposa amantísima y feliz, una viuda inconsolable; de amorosa y bien amada hija, una huérfana desvalida; y por último, de una madre amorosísima y constante, una anciana idiotizada, que con la pupila fija en la bóveda del cielo, deja escapar sus lágrimas, que corren á mares por los surcos que ellas mismas han trazado por sus descarnadas mejillas, y que entre profundos suspiros pronuncia á intervalos estas solas frases: «¡Hijo mio! ¡Pobre hijo mio!»

El vencedor ha conseguido un triunfo, la victoria quedó por suya y ha alcanzado para sus sienes la primera de las tres coronas: la corona del *valor* ó de los guerreros.

II

La segunda corona no está, como la primera, bañada en *sangre;* lo está tan sólo en *lágrimas*.

Atended.

Meditan en el rincón de su gabinete el sabio, el filósofo, el poeta, el naturalista.

Frutos de sus meditaciones son esos portentosos descubrimientos que honran la humanidad y que impulsan el carro del progreso dando nombre á los siglos.

Después de una de esas meditaciones sale de su gabinete Franklin armado con su *pararrayos* para combatir y vencer al monstruo de la *electricidad*, que vomitando fuego, es desde aquel dia su más sumiso esclavo.

Después de otra meditación, el audaz piloto genovés, el denodado Colón, se embarca en un frágil barquichuelo; síguenle en otros dos, varios de sus más animosos compañeros, á quienes dice: «Amigos: además de este mundo que habitamos y aun no bien conocemos, hay otro en el opuesto límite del Océano, cuya magnificencia y esplendor ha calculado ya mi fantasía; salvemos la distancia, no calculada aún, que le separa de nosotros, y yo os prometo que he de ensanchar los límites del Universo.»

Ligero impulsa el céfiro la nave que conduce al *genio* que va á visitar *el lecho en donde el sol se pone;* y al amanecer de un dia sereno y majestuoso, ve la asombrada gente de Colón surgir de entre las ondas, bello, radiante, esplendoroso, lleno de majestad y lozanía, el mundo que Colón les había prometido, cuya existencia tenía calculada y á quien él en persona había vuelto á decir como Jesús á Lázaro: «¡Levántate!»

Desde el estrecho recinto de sus gabinetes en que, doblado el cuerpo sobre voluminosos *in-fólios* consumen los hombres los dias de su vida, lanzaron sus obras al mundo los Newton, los Keplers, los Leibnitz los Fulton y tantos otros que, por decirlo así, han cambiado la faz del Universo, y que, para honra y gloria de la humanidad que por ellos olvidó sus penas, oyó extasiado el mundo los armoniosos cantos que supieron arrancar á sus liras los Homero, los Virgilio, los Camöens, los Byron y demás poetas, cuyas arpas sonoras nos han trasmitido las vibraciones de sus cuerdas, que han llegado hasta nosotros y que seguirán causando placer á los oidos, en tanto que la humanidad conserve el instinto de lo bello y que se entusiasme por lo grande.

¿Cómo ha recompensado el mundo el mérito de esos genios, cuyo solo nombre es el más bello timbre de su gloria?—Ciñendo á sus sienes la corona á que ellos con tanto afán aspiraron: *la corona del talento*.

Pero oid: *Homero*, el sabio Homero, el verdadero padre de la poesía, pobre, ciego y desterrado, vagó de pueblo en pueblo demandando el alimento y la hospitalidad.

Camöens, por evitar la tenaz persecución de sus compatriotas, persecución á que daba lugar su indisputable mérito, tuvo que abandonar su país, que hoy se envanece en contarle el primero entre sus poetas, exclamando como Scipion el africano: «¡Ingrata patria! ¡No poseerás mis restos!»

Colón vió aprisionadas sus plantas, aquellas plantas que fueron las primeras que estamparon sus huellas en el Nuevo Mundo, con los hierros que forjaron la envidia y la calumnia, en ese mismo mundo á donde su genio condujo á los que más tarte habían de ser sus viles opresores.

Las lágrimas bañaron las hojas de la corona de Homero; ellas las de Camöens; con ellas mojó Colón sus hierros, que duermen con él en su propio sepulcro para escarnio y baldón de la humanidad, por ser testimonio irrefutable de lo que son capaces la perversidad y la envidia; y no hay hombre alguno en la tierra, si pensais que haya logrado ceñirse *la segunda corona* que ambicionan los mortales, que no haya regado primero con sus lágrimas el árbol que debia producir las hojas de que había de formarse aquella.

III

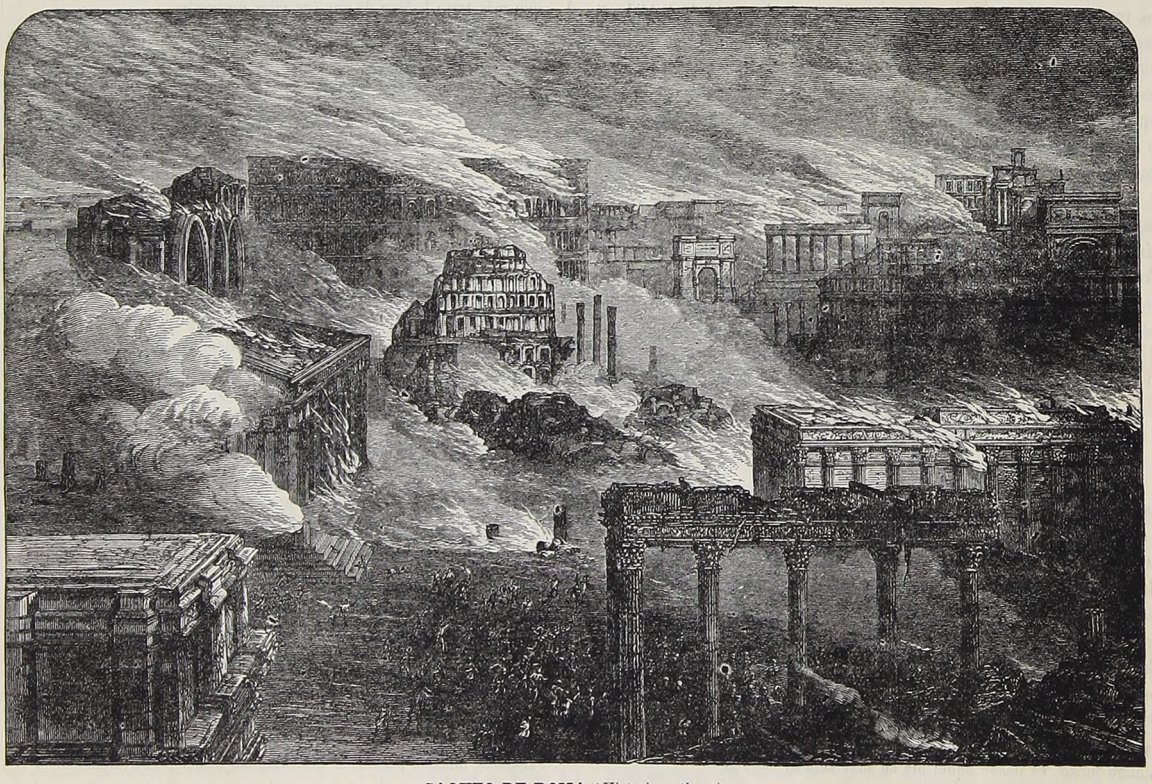
Si los guerreros, si los sabios, si los poetas, son los que tienen el derecho de ceñir á sus sienes la segunda de las coronas de la humanidad, queda reservada *la tercera* para recompensar el mérito de *los hombres virtuosos*.

Pero como la práctica de las virtudes tiene de ordinario su asiento en los estrechos límites del *hogar doméstico*, y el estruendo de los gloriosos hechos de armas, así como las brillantes concepciones del genio, apagan y oscurecen el escaso brillo de esas virtudes tranquilas que no buscan más satisfacción que la de la propia conciencia, porque sólo tienen por base el cumplimiento estricto del deber, resulta de ésto que tan grandes como los primeros, tan dignos como los segundos, tan fuertes como los unos y tan meritorios como los otros, existen hombres en la sociedad que sin el fausto, la pompa, ni el estrépito de los aplausos, han conquistado para sus sienes esa *tercera corona*, que si no tiene el brillo de las anteriores, Dios mismo es quien la coloca en las sienes venerables de los que llamarse pueden con toda exactitud: *¡Mártires de la resignación y el sufrimiento!*

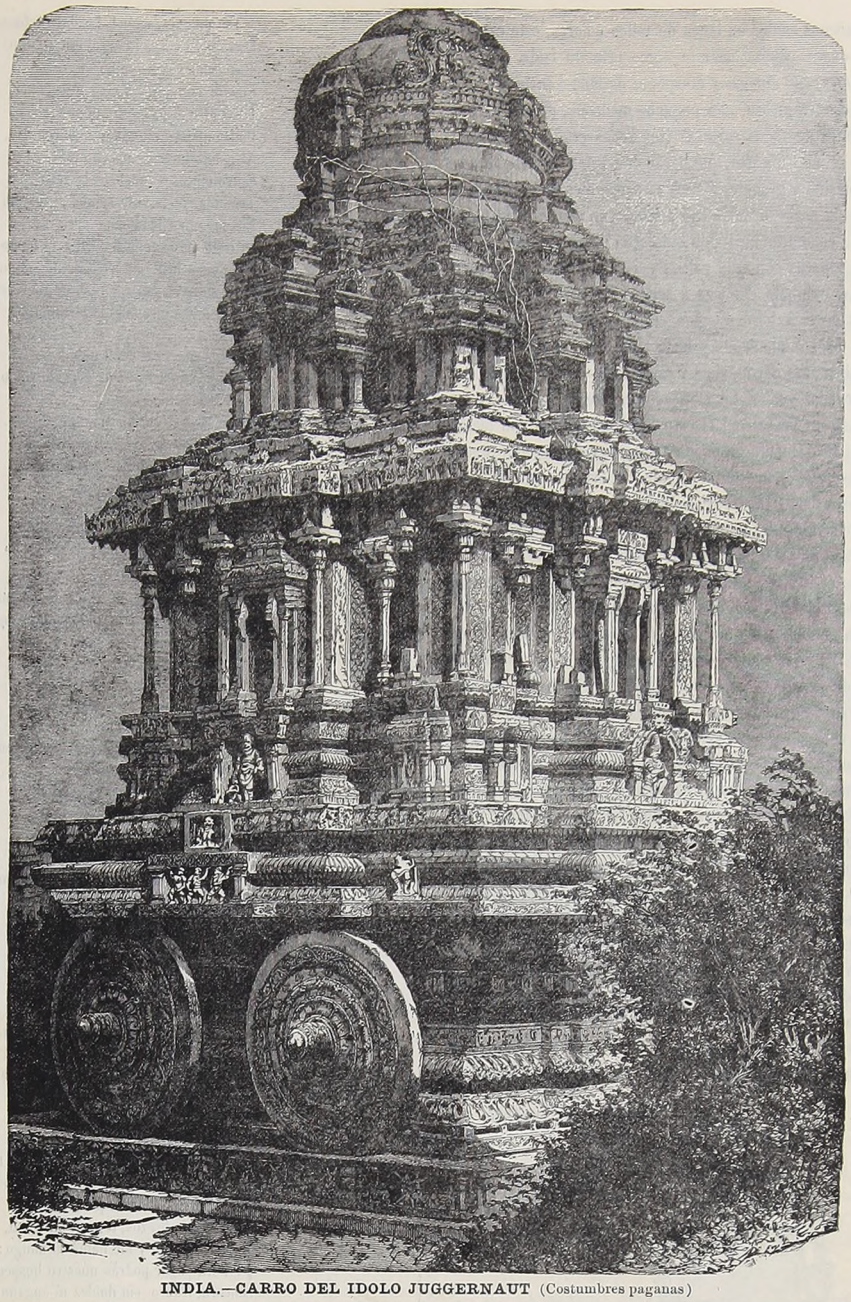
Es, pues, *la tercera corona* la que corresponde á los hombres justos y virtuosos.

Aspiremos, pues, á esta tercera corona, porque si, como os dejo dicho, no es de tanto esplendor como las dos primeras, tiene la ventaja de que, como vosotros mismos podreis ir entrelazando sus hojas en el silencio y el retiro de vuestro hogar, no atraerá las miradas recelosas de la envidia, no despertará la

LA DESESPERACION DE UN MATEMATICO



SAQUEO DE ROMA (Historia antigua)



INDIA.—CARRO DEL IDOLO JUGGERNAUT (Costumbres paganas)

perversidad de la calumnia, y sólo Dios, para quien nada hay oculto, cuando la hayais terminado, la colocará con sus propias manos sobre vuestra cabeza, derramando á la vez sobre ella su santa bendición.

Ildefonso Estrada y Zenea.

REVISTA DE MODAS.

¡Cuán fácil era en otro tiempo tener al corriente de las innovaciones de la moda á las bellas suscritoras de nuestro periódico! Venía la primavera con su cielo espléndido y sus prados esmaltados de flores, ó el otoño con su dulce melancolía, y surgía una tela nueva, un tipo de manteletas, una hechura de sombreros, que así habían de aceptar las rubias como las morenas, las de cara redonda como las de rostro prolongado. ¡Qué trabajo tan sencillo el de la cronista en aquellos felices tiempos! Hoy, si quiere cumplir medianamente su cometido, necesita registrar periódicos ilustrados y cartas particulares de París, tiene que ir un dia y otro á los almacenes de modas y aprovechar el momento en que se descubre una caja que nos trae dos ó tres modelos de manteleta, todos nuevos, ó varios tipos de tejidos á cual más ricos ó caprichosos, que no tienen que ser profanados por las miradas del vulgo sin que la cronista los registre en su cartera y envíe la noticia á sus lectoras.

Por esta razón he tenido que visitar uno y otro dia los almacenes de géneros y casas de confección, habiendo tomado nota en la de Aguado, que figura en primer término entre las de su género, de los tejidos siguientes: ¡En sedería verdaderas maravillas! No quiero ya mencionar, por demasiado común, las otomanas lisas en colores delicados, pero sí las que con raya de terciopelo á tachones frisé tienen madroño de realce, tono sobre tono, telas de majestad sin igual; los piqués de seda á cuadro de terciopelo multicolor (jaspeados), escoceses de gran seriedad; los bordados en terciopelo á listas caladas, y los bordados á listas Pompadour, de fondo claro, con flores de colores y listas de terciopelo azul, granate ó corinto; los tonos claros junto á los sombríos del terciopelo son de gran efecto, y no es fácil dar idea de la riqueza y gusto de estas telas

privilegiadas. Siguen los mismos estilos en lanas de todos colores, esto es, listas brochadas de colores sobre un fondo liso que, como primera falda, quilla ó adornos del cuerpo, no tienen rival; alpacas y crespones de lana á listas de seda formando cuadro muy suelto, muy airoso, con pequeño madroño, donde la raya se cruza, y vuelas y crespones de todos colores. Hay sedas crudas á pequeño cuadro y sargas de seda en el mismo gusto, que harán deliciosos vestidos de primavera, serios en colores marino y granate, ó frescos y juveniles en color crudo y grana ó azul; viene luego la serie de telas caladas, en que desde el tul hasta la jerga, lo mismo se puede encontrar un tejido todo seda de admirable brochado sobre fondo calado, que alpacas con lista calada y lista brochada, género de gran novedad, y que apenas exhibido empieza á ser arrebatado. No hay para qué hablar de los vestidos de caja bordados con cristal, género ya conocido; pero sí de los cachemires lisos ó moteados y lanas dulces en todos los tonos gris, que serán vestidos útiles para diario, viaje y campo; no pasaré tampoco en silencio las granadinas bordadas en cristal para confecciones y adornos, y las gasas diagonales, que tienen un brillo cual si estuvieran mezcladas con plata; tal es la novedad de su tejido. ¡Cuánto no pueden hacer las modistas de gusto con tantos tejidos contrarios, que se prestan á combinarse artísticamente!

Los percales en cenefas y los satenes, reproduciendo los mismos gustos á raya menuda y cuadrito de sedería, formarán la base de los vestidos ligeros de verano, y bien puede decirse que no se ha conocido estación más favorecida que la presente por las variadas creaciones de la moda, aunque no todos los almacenes habrán podido hacer compras tan variadas é importantes.

Las confecciones tienen también gran novedad en la estación presente, y en la misma casa, Carmen 3, he visto manteletas que encajando admirablemente en el talle y no pasando de él más que por un postillón de encajes, parecen esclavinas bordadas de cristal en siciliana, en encajes lisos ó plegados y con mangas formadas por una serie de guarniciones de encaje que dan al talle gracia encantadora. Este tipo de manteletas cortas, con las mangas en hombrera de encajes que bajan á formar la manga, están llamadas á un gran éxito, y puede asegurarse que ante ellas la manteleta-visita ocupará el segundo lugar y serán las destinadas á personas de poca pretensión. Las pequeñas manteletas de que me ocupo y que han de causar tal revolución en el mundo de la moda, tienen el centro, como acabo de decir, en pico, de encaje, de seda ó de siciliana, y la parte de la manga son series de encajes y en otras de calados de tul sembrados de zequíes y medallas de azabache, que oscilan deliciosamente al menor movimiento de la persona, y no faltan algunas que tienen algún adorno de terciopelo sobre la seda, produciendo una confección más de entretiempo; en una palabra, ¡si alguna vez puede la cronista quedar satisfecha de la moda que recomienda, lo es en la ocasión presente, en que desearía poder reproducir con la pluma, á la vista de sus queridas lectoras, tantas preciosidades admiradas!

Madrid, Abril de 1887. JOAQUINA BALMASEDA DE GONZALEZ.

EL DOS DE MAYO.

Animus meminisse horret, luctuque refugit.
Virg. En.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime.
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el *tremendo día*
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.

Día de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno:
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua afligida.
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fía,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el joven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su airada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano,
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno las condena.

Cuánta escena de muerte! Cuánto estrago!
Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! qué te hice?
Exclama el triste en lágrimas deshecho,
Mi pan y mi mansión partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira!
Y con tremenda voz gritando *¡fuego!*
Tinto en su sangre el desgraciado espira.

Y en tanto ¿do se esconden,
Do están oh cara Patria, tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
A merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el león, forcejan
Con inútil afán. Vosotros sólo
Fuerte *Daoiz*, intrépido *Velarde*,
Que osando resistir al gran torrente,
Dar supísteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre Musa
Jamás el eco adormeció á tiranos
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento

A que la acción magnánima os eleva
El himno oid que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama aligera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolación sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco són de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen
Bramando los atroces foragidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro,
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmín de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida virgen de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh Musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero;
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heroico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico són la regia frente,
Y del Patrón valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre de insolencia ciego
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí el padrón cruento
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,
La vil traición del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda
Y á cien generaciones se difunda.

JUAN NICASIO GALLEGO.

OJALÁ!

Si contemplara el hombre descarriado
Los torrentes de sangre que ha vertido,
Y en estentóreo y único gemido
Los gemidos oyera que ha arrancado;

Si el océano viera dilatado
Del llanto que su encono ha producido,
Y á sus ojos se alzara desmedido
El cúmulo de ruinas que ha sembrado,

Quizá de Jano el templo pavoroso
Que nunca airado en su delirio cierra,
Conmovido cerrara presuroso,

Y guerra haciendo á la nefanda guerra,
De la paz al influjo poderoso
Se haría un paraíso de la tierra.

Campeche (México). JOAQUÍN BLENGIO.

A***

Yo guardo aquí en mi pecho
Tu imagen adorada,
Como el avaro guarda
Su espléndido caudal;
Como la amante madre
El culto de sus hijos,
Como el anciano guarda
Sus sueños de otra edad;
Como la virgen púdica
Sus tiernas ilusiones,
Como las flores guardan
Su aroma virginal;
Como en la tierra extraña
El mísero expatriado
Recuerdos imborrables
De su lejano hogar;
Como en su seno guarda
La rica perla el mar,
Como el suntuoso templo
De Dios la magestad;

De mí nunca se aparta,
Doquiera sea que mire,
Tu imagen seductora,
Tu mágica beldad,
Ni en sueño, ni despierto
Mi mente la abandona,
Doquiera su memoria
Conmigo siempre va!
Y si hay vez que mi labio
Cerrado y silencioso
Sus quejas amorosas
Suspende de exhalar,
Es, niña, porque el hado
Que insano me persigue
Me agobia con su peso,
Me hiere sin piedad,
Fingiendo, cruel, entre ambos
Barreras infranqueables,
Que mi ánimo abatido
Jamás sabrá salvar!

Abril de 1887. JOSÉ F. MORENO.

SAETAS.

Dos cosas que no hallarás:
Un alacrán sin veneno,
Y un pedante que halle bueno
Lo que escriban los demás.

***

—¡Caballero! Una limosna....
—¿Por qué se quedó vd. manco?
—Porque un amigo sincero
Me dió un apretón de manos.

Madrid, 1887. LEOPOLDO CANO.

A la reja de la cárcel
No me vengas á llorar,
Que hoy van á darme el indulto....
Mañana una credencial

***

De las cosas de este mundo
Es la que me hace más gracia,
Ver la cara de los tontos
Cuando creen que me engañan

VICTORINA O HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

"Yo le quiero á usted muchísimo, con toda mi alma; pero exijo fidelidad "para Cándida.

"Siempre le reservará un latido el tierno y sensible corazón de su hermana.

VICTORINA."

En este último párrafo exhaló toda la ternura contenida en su apasionado corazón.

—¡Dios mio!—decía volviendo á su triste monólogo.—¡He hecho cuanto he podido! Le he rechazado de una manera dulce y delicada, pues bruscamente no lo podría hacer. ¡Que huya, que se aleje de mí, Dios clemente! Si le veo, la emoción me va á vender.

Al dia siguiente Victorina no pudo levantarse; estaba febril.

Doña Clara entró á su cuarto y le preguntó:

—¿Qué tienes, Victorina? En tus ojos se observan recientes huellas de llanto. ¿Qué te sucede? No me ocultes la verdad. Ya sabes que te amo más que á mí misma. Si con mi vida pudiera evitarte las penas que parecen aquejarte, gustosa daría esta vida tan inútil.

—Si yo no sufro moralmente, tía mía. Esto es una fiebre que pasará muy en breve y sin consecuencias.

—Tú no eres leal; me estás engañando, y eso es imperdonable mediando por mi parte un cariño maternal. Observo que las bujías que ayer te pusieron en los candelabros están gastadas. Y estos papeles diseminados por el suelo, ¿qué significan? La perezosa somnolencia de tu pálido semblante y cuanto te rodea, me está indicando que has escrito largo rato esta noche. Dime lo que oprime tu corazón. Los infortunios se debilitan depositándolos en el seno del verdadero cariño.

Victorina exhaló un ¡ay! tras el cual parecía agotársele la existencia, y le contó á doña Clara sus pesares.

—¡Resígnate!—decía esta señora.—Te felicito por tu conducta. Cuanto más grande sea el sacrificio, será más digno de tí. Si sucumbieras, llegaría un dia en que tú misma te mirarías con horror. ¡Valor, hija mía! La prueba es dura; pero el Omnipotente no dejará sin premio tu buena acción. Entrega á la razón la llave de tus sentimientos. Para obrar con cordura es preciso que el corazón no domine á la cabeza. La fría y sana razón debe marcarnos siempre el derrotero que hemos de seguir. La pasión es ciega: desgraciado el que se deja conducir por ella; suele caer en un abismo insondable. Las pasiones, según dicen los filósofos, son jefes de partido bajo cuyo estandarte van á alistarse todas las legiones de males que se arman contra nosotros para turbarnos la paz del espíritu y la tranquilidad de nuestros dias. Cree á mi experiencia, querida Victorina: las pasiones son unos enemigos traidores que nos seducen, brindándonos goces inefables sin reservarnos más que espinas. La sonrisa de esos enemigos del hombre es más pérfida que la de Domiciano.

Ya sabes que este persecutor de los cristianos mostraba frente serena y dulce sonrisa cuando fraguaba algo nocivo á su prójimo, algo infame y vil.

VI

—¿Qué deduces de la carta de Victorina?—preguntaba Mario á su amigo después de habérsela hecho conocer.

—Yo veo un gran amor disfrazado; Victorina no es mujer fácil, le costará mucho rendirse; pero si lo hace, el vencedor adquirirá una gran victoria.

—Yo creo á esa mujer una fortaleza inexpugnable.

—La carta está muy tierna.

—Sí, hay en ella ternura fraternal. Victorina te llama hermano para hacerse más interesante.

—No lo creas; yo ya no espero otra concesión.

—Estás equivocado. Esa mujer no quiere entregar la plaza sin haberla defendido valerosamente.

—Esa mujer será siempre inflexible por mi mal.

—No conoces las mujeres.

—Conozco á Victorina y no necesito más. Es muy severa.

—Se ablandará.

—¿No la apellidan imposible?

—Sí; una mujer se defiende perfectamente de los que no la agradan. Tú le has sido muy simpático, te denomina Apolo de su Parnaso y fénix de los genios.

—En mí tal vez le agrade algo el *poeta* y nada el *hombre*.

—¿Acaso tú tienes malas cualidades?

—No, pero soy muy insignificante para ella.

—El amor nos hace iguales. Esa mujer te amará.

—Feliz augurio.

—Cree en él.

—Necesito creerlo porque me seduce.

—Verdaderamente es seductor el amor de una mujer como la que nos ocupa.

—Si me ama me parecerá haber bajado el cielo á la tierra.

—¿Y qué haremos de Cándida?

—No sé; ¿por qué me recuerdas ese deber que tan alto habla á mi conciencia?

—Algo hay que hacer. ¿Me permites realizar el proyecto consabido?

—Espera; ven esta noche conmigo á nuestra tertulia, y, después de observar cómo se porta Victorina, decidiremos.

—Es cosa que no debe descuidarse.

—Hay tiempo todavía.

(Continuará.)

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Los héroes del 2 de Mayo.—Gloriosa fué en Madrid la batalla del dia 2 de Mayo del año de 1808, como lo fué en Zaragoza el dia 5 de Marzo del mismo año; los héroes de Madrid son Daoiz y Velarde, la heroína de Zaragoza Agustina de Aragón. Entre los estragos que la espantosa guerra del año 8 causó, brillaron muchos valientes españoles. Madrid, Zaragoza y Gerona tienen una epopeya en la historia, ganada en esa memorable época.

Desesperación de un matemático.—Se necesita una organización especial para el estudio de las matemáticas. Se han visto poetas muy inspirados, hombres de genio colosal, que no han tenido aptitud para las ciencias exactas. A la imaginación de la mujer son generalmente repulsivos los números. El muchachito que presentamos en nuestro grabado, está luchando con un problema matemático, cuya solución no puede encontrar. ¡Que Arquímedes le inspire!

Saqueo de Roma. Historia antigua.—No es fácil en unas cuantas líneas describir la magnificencia de la antigua Roma, de la cual atestiguan su grandeza las ruinas que todavía podemos contemplar.

Dos veces fué saqueada Roma por las hordas de los bárbaros: la primera por los godos de Alarico en 410, cuando el saqueo duró seis dias; y la segunda, cuarenta años después por los vándalos á las órdenes de Genserico. Esta segunda vez el saqueo duró catorce dias y noches. Los templos y grandes edificios, perdonados por Alarico, fueron quemados. Todos los tesoros dejados por los godos, juntamente con un inmenso número de cautivos, inclusas la emperatriz y sus dos hijas, fueron llevados por los vándalos.

Nuestro grabado representa este saqueo, en el que se cumplió la profecía del Apocalipsis, sobre la destrucción de la Roma Pagana.

Carro del ídolo Juggernaut. Costumbres paganas.—Existe en la India el templo de Juggernaut en Pooree de Orisa, siendo uno de los más célebres del culto pagano. Pooree está situada en la playa á 125 leguas de Calcuta. Todo el terreno alrededor del templo, hasta una distancia de ocho leguas, se considera sagrado. Además de los templos consagrados á *Juggernaut*, su hermano *Balburdra* y su hermana *Subudra*, la mayor parte de los idolillos indios tienen su templo en dicho lugar. El fanatismo de esas ignorantes gentes hace que los devotos se arrojen entre las ruedas de este famoso carro, siendo triturados por ellas los estúpidos suicidas, que creen halagar al ídolo. La multitud se regocija con tal espectáculo y alienta con sus voces entusiastas esos feroces sacrificios humanos.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas....$ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.